

## LA PASTORAL URBANA COMO DESAFÍO EVANGELIZADOR

Francisco Niño Súa, Pbro.\*

Proclamar a todos los hombres la salvación querida por el Padre y posibilitada en Jesucristo e invitar y vivir la conversión por la fuerza del Espíritu, para que el Reino de Dios se haga visible en cada lugar del universo, constituye el ser y la misión eclesial. En ese empeño evangelizador, la historia testimonia y evidencia el papel protagónico de las urbes, ya desde los tiempos apostólicos, como lo testimonian los escritos neotestamentarios y patrísticos, y la prescripción nicena de constituir una Iglesia en cada *polis*. Iglesia y mundo urbano no solo no se oponen, ni tampoco se yuxtaponen, sino que, dentro del marco de la pedagogía divina, se integran sin perder su identidad, en un proceso en el que la relación se torna vocación: la Iglesia está llamada a encarnarse en las culturas, y el entramado urbano está llamado a hacerse cada día más comunidad, más *ekklesia*.

En términos sociológicos, sin embargo, la orientación hacia la ciudad moderna ha sido bastante negativa, sobre todo por la influencia de la dicotomía rural-urbano y a veces, por una cierta desconfianza frente a todo lo que se vincule a la ciudad; por cuanto la cohesión social suele ser vista como una característica de la pequeña comunidad agraria tradicional —y de ello se sigue casi necesariamente realidad urbana carece de cohesión social—, los análisis del mundo urbano y las proyecciones de su futuro suelen ser bastante pesimistas. Casi se puede leer lo mismo en muchos acercamientos pastorales.

### 1. Estado de la cuestión

El fenómeno urbano, que en cuanto expresión civilizadora hunde sus raíces en la historia de la América precolombina, es desarrollado por la fuerza fundacional hispano-lusitana, y antecede los procesos de consolidación urbana y de estructuración eclesial vividos durante la época colonial y el inicio del período republicano. Pero el crecimiento desmesurado de las ciudades en América Latina, comenzado a finales del siglo pasado, alimentado después de la Primera Guerra Mundial, fortalecido después de la Segunda y acrecentado inmisericordemente en la década de los años sesenta en razón de problemas internos de los países, continúa avanzando implacablemente. Y con ello se radicalizó la especificidad del fenómeno urbano en el subcontinente en relación con otros procesos de industrialización, de crecimiento demográfico y de constitución morfológica, y se configuró una nueva y singular realidad cultural y religiosa, que se evidencia con particular fuerza en las grandes metrópolis del continente.

Estadísticamente, el promedio de la población urbana en relación con la población total en 1950 era el 39%, en 1960 el 46%, en 1970 el 57.5%, en 1980 el 65.7%, en 1990 el 72.6% y en el 2000 el 77%; en países como Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela, la población urbana es superior al 85%; 13 ciudades latinoamericanas se encuentran entre las 100 áreas metropolitanas más pobladas del mundo; de las 15 ciudades más populosas del planeta, 4 son latinoamericanas, con población superior a los 10 millones de habitantes<sup>1</sup>.

Ciertamente, el drama humano no se puede medir sólo en términos cuantitativos, y en este campo, la misma percepción del fenómeno manifiesta una progresiva evolución: de la inicial constatación del veloz

---

\* Presbítero de la Arquidiócesis de Bogotá. Licenciado en Educación y Magister en Psicología Comunitaria (Universidad Javeriana, Bogotá), Especializado en Sagrada Escritura (Escuela Bíblica, Jerusalén), Doctor en Teología (Universidad Gregoriana, Roma), Doctor en Derecho Canónico (Universidad Santo Tomás, Roma). Formador en el Seminario Mayor de Bogotá y Profesor en la Universidad Javeriana. Miembro del Consejo presbiteral arquidiocesano y del Comité Teológico de la Conferencia Episcopal de Colombia. Entre sus publicaciones destaca *La Iglesia en la ciudad*, Roma 1996. E-mail: francisconino@javeriana.edu.co

<sup>1</sup> Cfr. CELAM, *Iglesia y América Latina: cifras*, Bogotá, 1978, p. 64; CELAM, *América Latina, realidad y perspectivas*, p. 650; CEPAL, *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, 1991.1996; J. C. ELIZAGA, *Migraciones a las áreas metropolitanas de América Latina*, p. 12; ONU, *Demographic yearbook 1974*, New York, 1974; ONU, *Estadísticas sobre la Infancia y la juventud en América Latina*, Santiago de Chile, 1975.

crecimiento poblacional de las ciudades, se pasa a la toma de conciencia de un nuevo estilo de vida que se impone, de una mentalidad urbana que traspasa los límites de las ciudades y que se difunde por doquier. Numerosas investigaciones y publicaciones realizadas por las distintas áreas de las ciencias sociales evidencian las implicaciones de una compleja realidad que parece escapar a cualquier esfuerzo de comprensión global.

En el campo pastoral, los primeros estudios estadísticos dejaron constancia de la disminución de la práctica religiosa en las ciudades, del escaso influjo de la parroquia, tradicional baluarte eclesial, y de la creciente insuficiencia del número de sacerdotes y vocaciones; el análisis, en consecuencia, tendió a estigmatizar la ciudad como «fuente de secularización», y como elemento despersonalizador, y deshumanizante que aleja de Dios, en una actitud negativista que no desaparece del todo; el eclipse de una sociedad tradicional, patriarcal y agraria, y el fortalecimiento de un modo de vida urbano, funcional y pluralista, manifestaron el notorio desajuste de las estructuras y acciones eclesiales; la carencia de una adecuada y oportuna reflexión teológica al respecto, y la ausencia de renovación en las respuestas pastorales, hicieron aún más dramática la situación.

De manera paulatina, sin embargo, se fue gestando un cambio de actitud, en el que se supera la visión cuantitativa y «problemática» del fenómeno y se lo asume como el desafío de evangelizar una nueva cultura. Ante este nuevo «signo de los tiempos» generado con peculiares características en el subcontinente, la Iglesia latinoamericana vive en el umbral del tercer milenio, un difícil proceso de reflexión y de búsqueda de nuevos caminos pastorales; en esta dinámica, en la que interactúan pastores y pastoralistas, ministros y comunidades vivas, enseñanzas doctrinales y praxis diversificadas, la Iglesia latinoamericana descubre la singularidad de su llamado a la conversión, en orden a reencontrar su originaria y originante vocación evangelizadora.

## **2. Una progresiva toma de conciencia a nivel universal**

A mediados del presente siglo se constata una gran cercanía entre los análisis de las ciencias sociales y los cuestionamientos que en el contexto urbano comienzan a hacerse a la pastoral; coincidiendo con el surgimiento del Consejo Episcopal Latinoamericano como fruto de su Primera Conferencia General (Río de Janeiro, 1955), la Acción Católica vive un momento de esplendor, mientras se va consolidando la pastoral de conjunto, bajo la influencia de estudios sociológico y pastorales franco-belgas. La senda de este camino que se va iniciando, fue señalada por los primeros albores de la renovación conciliar y por la exhortación que el papa Pablo VI dirigió el 23 de noviembre de 1965 a los obispos latinoamericanos, con ocasión del décimo aniversario de la creación del CELAM, y con la cual marcó la pauta de acción que iba a caracterizar los años sucesivos, el caminar de esta Iglesia subcontinental<sup>2</sup>.

El redescubrimiento teológico de la noción de Iglesia particular, del compromiso misionero y apostólico del laico y de la autonomía de las realidades terrenas, permitieron abrir caminos para la explícita reflexión sobre la misión de la Iglesia en las ciudades. En efecto, el Concilio Vaticano II en su Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, además de dedicar un novedoso y significativo capítulo a los laicos, afirma que «ha de reconocerse que la ciudad terrena, justamente entregada a las preocupaciones del siglo, se rige por principios propios» (LG 36). Esta justa autonomía de la realidad terrena es ratificada en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, cuando al referirse a los cambios en el orden social, observa que con «el aumento de las ciudades y de su población», «la urbanización se extiende a las zonas rurales» (GS 6); y «crea nuevas formas de cultura, de las que nacen nuevos modos de sentir, actuar y descansar» (GS 54).

Además, bien como preparación, bien como fruto directo del Vaticano II, diversas publicaciones empiezan a abrir los horizontes de la teología a las realidades seculares, dentro de las cuales la ciudad aparece como un signo de los tiempos que interpela y exige un discernimiento de la Iglesia —y de cada Iglesia particular en concreto—, en orden a la realización de su misión evangelizadora, que exige redescubrir la vocación del laico y que urge un trabajo mancomunado con las ciencias sociales y humanas. Este cambio de perspectiva se hace evidente en la Carta Apostólica *Octogesima Adveniens* de Pablo VI (14 de mayo de

---

<sup>2</sup> Cfr. PABLO VI, «Esortazione Pastorale per il lavoro apostolico nell'America Latina», en *Insegnamenti di Paolo VI*, Vaticano 1966, III, 653-669.

1971), en la que el fenómeno urbano es caracterizado como uno de los «nuevos problemas sociales» (nn. 8-12). En el mismo contexto universal, otros valiosos elementos son brindados por diversos organismos de la Santa Sede (cfr. *Ecclesiae Imago* 161-162.175), y por ricas reflexiones y sabias orientaciones episcopales, fruto de experiencias pastorales concretas.

### 3. Una progresiva toma de conciencia a nivel local

Los aportes de las ciencias sociales (Cias, Feres y otros), han seguido acompañado el camino de la Iglesia latinoamericana en búsqueda de una pastoral urbana, y continúan brindando valiosos aportes para el siempre inacabado esfuerzo de la Iglesia por conocer la realidad en la que está llamada a encarnarse (cfr. *GS* 44). Los esfuerzos ordenados a la realización de una trabajo verdaderamente interdisciplinar, permiten tomar conciencia que una Iglesia vinculada a un contexto tradicional y agrario, necesita brindar nuevas respuestas frente a la urbanización acelerada experimentado en América Latina durante este siglo, que tiene su expresión más evidente en las ciudades, en las que se modifica profundamente la situación religiosa del creyente; en los núcleos urbanos se genera un nuevo estilo de vida que permea todos los ámbitos de la existencia y que a su vez se extiende progresivamente transformando a su vez los contextos agrarios.

El *Encuentro sobre la pastoral de las grandes ciudades* (São Paulo 1965), reconoce que «el reciente fenómeno de las megálópolis» en América Latina, de las grandes concentraciones humanas, y de las inmensas barriadas «que tienen características de subciudades» y que no se explican tan sólo por la industrialización, constituye una realidad que «ha trastornado y obligado a una seria reflexión a los responsables de la Iglesia en este continente»<sup>3</sup>. Los participantes en el evento, representantes de las Iglesias particulares que cubren algunas de las grandes ciudades del subcontinente no sólo admiten la existencia del fenómeno, sino que lo asumen como un problema para la pastoral, amplían sus implicaciones y consecuencias, y finalmente, intentan anticipar y cualificar el futuro. No se pretende, sin embargo sacar «grandes conclusiones» para la «la pastoral de la gran ciudad», sino tomar conciencia de «la inseguridad pastoral en que nos ha arrojado lo urbano»<sup>4</sup>.

Al reconocer la radicalidad de las transformaciones urbanas, se observa que la ciudad ha creado una nueva mentalidad en el campo de lo religioso, y a la vez que se constituye en un problema pastoral y en un desafío a la misión evangelizadora de la Iglesia, exige de ésta un profundo examen de conciencia y una nueva forma de presencia; si «la pastoral urbana actual está superada por la situación de las metrópolis», y además, «es difícil creer que todo se solucionaría sólo por una organización más perfecta de la que existe»<sup>5</sup>, corresponde a la Iglesia un esfuerzo de conversión que le permita a su vez interrogarse y auscultarse, crecer en su propia autocomprensión y realizar los cambios necesarios en orden a servir a la ciudad, manteniendo una actitud de diálogo con ella y posibilitando su conversión a Dios, que se expresa en la realización comunitaria de sus miembros.

El enriquecedor intercambio de experiencias, y la reflexión sobre los problemas globales y sobre los diversos desafíos que debe afrontar la Iglesia en las grandes urbes, permitió marcar pautas de acción y continuar alimentando la reflexión al respecto, concentrándose en temas como la pastoral de conjunto, el apostolado seglar y la sociología de la religión. De otra parte, el mencionado encuentro evidenció la necesidad de una mayor profundización en el campo teológico y bíblico, por cuanto la notoria y abundante mención de la ciudad en la Sagrada Escritura, en distintos contextos y con diversísimas tonalidades, permite observar que la vida urbana, como experiencia de vida social en un cierto tipo de civilización, no podía dejar de estar en contacto con la revelación; múltiples son los esfuerzos que evidencian los diccionarios teológicos y bíblicos por sistematización el dato de la Escritura en lo referente a la ciudad, significativas las reflexiones que en el continente se han suscitado, y con frecuencia paradójicas las conclusiones teológicas que con base en dicho dato se han hecho<sup>6</sup>.

<sup>3</sup> Cfr. R. CARAMURÚ, *La Iglesia al servicio de la ciudad*, 7.

<sup>4</sup> Cfr. R. CARAMURÚ, *La Iglesia al servicio de la ciudad*, 108.

<sup>5</sup> Cfr. R. CARAMURÚ, *La Iglesia al servicio de la ciudad*, 136.

<sup>6</sup> Aunque el asunto requiere una ulterior profundización, baste decir simplemente aquí, que la discusión se hizo candente a partir de la publicación de tres interpretaciones distintas del dato bíblico sobre la ciudad: J. ELLUL, *Sans Feu ni lieu*; J. COMBLIN, *Théologie de la ville*; H. COX, *The Secular City* y *The seduction of the Spirit*. Una serena presentación de la polémica se encuentra en A. MORIN, «La ciudad en la Biblia», en CELAM, *Cultura urbana, reto a la*

En el contexto del inmediato postconcilio, y como fruto madurado de la ponencia que, sobre el mismo tema, presentara J. Comblin tres años antes en el encuentro sobre la pastoral de las grandes ciudades, es publicada en 1968 la *Teología de la ciudad*, obra que se convertirá en un texto clásico para el tratamiento de la problemática, y sobre cuyo tema, el autor cuidará posteriormente de tornar de manera periódica, si bien en forma mucho más sintética. La *Teología de la ciudad*, constituye un valioso primer intento de sistematización y un original esfuerzo de acercamiento a la realidad urbana concebida como un signo de los tiempos que la Iglesia está llamada a discernir; si bien la forma en que el autor asume los principios de método teológico, el presupuesto de una continuidad procesual en la evolución de la ciudad, y el marcado optimismo que se hace evidente en los múltiples acercamientos al fenómeno urbano y a su historia y en la hermenéutica bíblica que desarrolla, son algunos de los elementos más discutibles, la publicación ha sido no sólo un punto de referencia obligado para quien profundiza en el designio de Dios sobre lo urbano, sino que muchos de los planteamientos del autor han marcado y acompañado la reflexión teológica y la praxis pastoral de la Iglesia en América Latina, que abre los ojos al fenómeno urbano, y descubre en él, en sus posibilidades y en sus dramas, el llamado de Dios a la propia conversión, la exigencia de un testimonio profético contra los males de la urbe, y la necesidad del testimonio concreto de experiencias de comunidad, que permitan realizar la innata vocación comunitaria de la ciudad.

#### **4. Avances en la reflexión. El protagonismo del Celam**

También en 1968, se celebró la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín, Colombia), inaugurando una nueva etapa, difícil y conflictiva, pero enriquecedora y fértil en reflexiones y experiencias, dentro del caminar de la Iglesia que busca una pastoral adecuada para sus ciudades; numerosos artículos reflejan cómo se cuestionan las estructuras y se examinan nuevos caminos, como fruto de una praxis que va madurando y de una reflexión sistemática que se va consolidando vinculada con temáticas tan complejas como dinamizadoras (p. e., CEBs, ministerios, liberación, comunión y participación, opción por los pobres, compromiso político, etc.). Las iniciativas eclesiales en las ciudades, animadas por la renovada doctrina conciliar y pontificia, y por las exigencias mismas de su peculiar realidad, se concretan en el esfuerzo por lograr una pastoral de conjunto, por favorecer la vivencia de la fe en pequeñas comunidades y por comprometerse radicalmente con la causa de los pobres, dentro del marco de un intento de respuesta eclesial eficaz frente a la magnitud, anonimato y marginalidad de las ciudades.

Así, la crisis vivida al interior de la Iglesia latinoamericana en este período, confrontada con un incontenible crecimiento del fenómeno urbano, le plantea como exigencia impostergable la asunción de un empeño evangelizador que encuentra en la cultura urbana su mayor y más importante desafío. La Conferencia de Medellín, la pastoral de conjunto, y la nueva comprensión de la Iglesia y de su misión en la ciudad, evidencian un cambio en la actitud y valoración del laicado, en el desempeño del ministerio presbiteral y episcopal y en el nivel de inserción y compromiso de los religiosos; las reiteradas críticas a la parroquia, la implementación de nuevas estructuras pastorales y la multiplicación de las Comunidades Eclesiales de Base, favorecen y estimulan el desarrollo de los ministerios, la vivencia de la opción por los pobres y el compromiso en favor de la justicia, dentro de un proceso que tiene su principal escenario en las ciudades, y que desafía la vocación eclesial que proclamará en 1976 la *Evangelii Nuntiandi*.

De cara a la evangelización de un contexto cultural diverso «la ciudad se convierte en motor de la nueva civilización» tal como lo reconoce en 1979 la Tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano (DP 429). Como fruto de la Asamblea Ordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano, celebrada en Los Teques (Venezuela) en 1979, surgió la recomendación de estudiar más detenidamente el problema de la pastoral urbana; en consecuencia, el Secretariado General convocó a algunos miembros del Equipo de Reflexión y a otros expertos, para un Encuentro cuyo resultado son las páginas del texto *Pastoral y parroquia en la ciudad*<sup>7</sup>; la publicación, sin mayores pretensiones, busca ofrecer algunos elementos para la reflexión, y

---

*evangelización*, Bogotá 1989, 55-94.

<sup>7</sup> Cfr. CELAM, *Pastoral y parroquia en la ciudad*, Bogotá 1982. Tras una breve presentación del texto, por parte de Monseñor Antonio Quarracino, la obra se articula en tres capítulos —no se dan a conocer los autores— que tocan problemáticas diversas. El primero se titula «Una Iglesia evangelizadora de la nueva ciudad latinoamericana» (pp. 5-24); el segundo capítulo toca las dificultades de «la parroquia en la ciudad» (pp. 25-57), y el último capítulo, trata de brindar

señalar muy en general, ciertas líneas de acción, que deberán ser dialogados, ampliados, profundizados y concretados en y por las Iglesias locales; todo ello quería también ayudar a preparar un encuentro a realizarse en 1982, con los Pastores de las capitales nacionales y de las arquidiócesis o diócesis cuyas sedes episcopales cuentan con más de un millón de habitantes, con el fin de estudiar diversos aspectos pastorales de las grandes ciudades. Efectivamente, entre el 6 y el 12 de septiembre de 1982 se celebró en Lima el mencionado encuentro episcopal, cuyo fruto se plasma en la obra *Pastoral de la metrópoli* (1983)<sup>8</sup>.

Los Obispos de las grandes ciudades latinoamericanas, comienzan sus «consideraciones pastorales», reconociendo que la ciudad, «uno de los fenómenos más importantes en nuestro mundo moderno y especialmente en América Latina», constituye una compleja realidad humana, que refleja a la vez, aspectos positivos y negativos: «entre los primeros podemos anotar que la ciudad posibilita una convivencia humana más rica y libre, desarrolla nuevos horizontes culturales y se convierte en motor de una nueva civilización (cfr. Puebla 429). Entre los segundos recordamos el peligro de un proceso deshumanizante que puede derivarse de muchos factores y expresarse de diferentes maneras (cfr. Puebla 430)»<sup>9</sup>; los obispos reconocen además, que muchos emigran de zonas rurales y de otros ambientes buscando en las urbes soluciones para su pobreza y terminan sin empleo, sin vivienda y desarraigados en zonas marginales; además, sin que los fenómenos se manifiesten sólo en la ciudad, en ella de manera concreta, y en sus sectores marginales en forma particular, se constata la difusión de campañas antinatalistas, la invasión de las sectas y la ausencia de una presencia pastoral viva de la Iglesia; dicha problemática puede dar lugar a dos peligrosas realidades: la pérdida sensible de la fe y la aparición de graves enfrentamientos sociales que pueden evolucionar hacia formas violentas<sup>10</sup>.

Los efectos demográficos son evidentes: el desmesurado y continuo crecimiento de las ciudades, sus elevados porcentajes de niñez y juventud, y sus desbordantes sectores marginados; pero por cuanto la problemática no se limita al aspecto cuantitativo, sino que implica cambios en las formas culturales y en la mentalidad de una realidad tan diversificada, la problemática de las ciudades constituye uno de los desafíos pastorales más serios y difíciles, que exige una respuesta pastoral orgánica, en la que la unidad de la Iglesia local urbana, promovida y animada, permita brindar una auténtica y eficaz acción evangelizadora; ello exige el empeño en favor de la unificación de criterios de acción pastoral, y la conveniente formación doctrinal y espiritual de los laicos en general y de los catequistas en particular.

En este contexto, la vida litúrgica debe ser un espacio de convergencia para la Iglesia de la metrópoli: es importante propiciar la unidad de las grandes líneas de la predicación dominical y «dar relieve en función de la unidad, a ciertas celebraciones litúrgicas durante el año y a otras manifestaciones masivas de la fe en las que se exprese visiblemente y ante la ciudad la comunión de la Iglesia local»<sup>11</sup>; igualmente, el servicio a los pobres debe ser motivo de unidad en la Iglesia local, pues no sólo requiere de instrumentos (p. e., un secretariado diocesano) que detecte los problemas sociales, cree conciencia sobre ellos, favorezca la formación en la doctrina de la Iglesia y orienta acciones de promoción, sino que exige «una permanente toma de conciencia entre obispos, sacerdotes y laicos sobre la realidad de la pobreza y sus causas en los distintos sectores de la ciudad»<sup>12</sup>.

El Directorio para el ministerio de los obispos *Ecclesiae Imago* había planteado en 1973 posibilidad de dividir las «megalópolis» en múltiples diócesis; ante dicha perspectiva, propuesta como real alternativa

---

«algunas líneas para una pastoral de la parroquia urbana» (pp. 59-94).

<sup>8</sup> CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, Bogotá 1983. El libro inicia con unas «Consideraciones pastorales» (pp. 1-12), que son calificadas por Monseñor Antonio Quarracino en la presentación, como «el verdadero fruto del encuentro», y luego de las cuales están publicadas las tres principales ponencias: A. QUARRACINO, «Criterios teológico-pastorales para la pastoral urbana, a la luz de Puebla» (pp. 13-24). A. GONZÁLEZ, «Una Iglesia más evangelizadora en las grandes ciudades de América Latina» (pp. 25-68 —esta segunda ponencia constituye fundamentalmente una segunda versión del artículo publicado un año antes de manera anónima en CELAM, *Pastoral y parroquia en la ciudad*, y simultáneamente A. GONZÁLEZ, «Una Iglesia más evangelizadora en las grandes ciudades de América Latina»—). Finalmente, J. JIMÉNEZ, «Pastoral planificada: posibilidades y exigencias en las grandes ciudades» (pp. 69-96).

<sup>9</sup> CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 1.

<sup>10</sup> Cfr. CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 2-3.

<sup>11</sup> CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 4.

<sup>12</sup> CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 5.

pastoral para las grandes ciudades latinoamericanas, los Obispos toman posición: «La naturaleza misma de la ciudad, con su unidad urbana y política, parece postular que para lograr la unidad y la mayor eficacia pastoral constituya una sola diócesis. De otra manera es muy posible que la pastoral quede debilitada en su acción sobre el conjunto de la ciudad y puede crearse la confusión de los fieles ante la diversidad de criterios pastorales dentro de la misma urbe»<sup>13</sup>. Así, la organización de una única Iglesia local urbana encuentra en la planificación pastoral un instrumento que le permite responder con cierta prospectiva a los desafíos de la ciudad, dar unidad a la acción pastoral, desencadenar procesos de participación en el interior de la Iglesia y aprovechar racionalmente los recursos humanos y materiales de que dispone. Para una adecuada presencia de la Iglesia en la ciudad, la planificación integral requiere contar con estructuras pastorales aptas y con una adecuada zonificación de áreas comunes<sup>14</sup>, para poder aplicar las orientaciones generales de la Diócesis en las realidades particulares, de manera específica, consciente e intencional<sup>15</sup>. Los vicariatos pastorales serán funcionales y/o zonales, según las necesidades propias de cada ciudad; los consejos diocesanos de pastoral, presbiteral, de laicos, de religiosos, etc., favorecerán la corresponsabilidad y tendrán organismos correspondientes en los diversos niveles de organización eclesial.

La validez de la parroquia, «centro de promoción y de servicios que las comunidades menores no pueden asegurar» (DP 650), es reafirmada por los Obispos, si bien consideran necesaria su renovación buscando formas apropiadas para hacer llegar su acción a los distintos grupos humanos y pastorales de las metrópolis y haciendo un esfuerzo de integración con organismos y actividades supraparroquiales, y prestando atención constante a las necesidades de creación de nuevas parroquias tanto territoriales como personales; a ellas es que deben estar íntimamente vinculadas las CEBs; finalmente, resalta el servicio particularmente importante que en orden a la evangelización de la ciudad, están llamados a prestar los movimientos apostólicos adecuadamente coordinados<sup>16</sup>.

También los sacerdotes, religiosos y laicos requieren unas actitudes y una preparación específica para desempeñarse como agentes de la pastoral urbana: el sacerdote en la ciudad «a imagen de Cristo-cabeza, debe ser centro de unidad que promueva las iniciativas en orden a la construcción de las comunidades cristianas que tienen como raíz y quicio la Palabra y la Eucaristía; ha de unir íntimamente en su persona el ministerio sacerdotal con el servicio preferente a los más necesitados; será capaz de integrar a los laicos en la pastoral urbana tanto en el nivel de la acción misionera como en el de su compromiso en la construcción de la ciudad; sabrá integrar su ministerio a la pastoral diocesana y estará abierto a las actividades pastorales de carácter funcional. Algunos de los medios propuestos para el trabajo con los sacerdotes, además de la exigente cualificación de su proceso de formación, son «la organización de la formación permanente, tanto en lo doctrinal como en lo pastoral y espiritual; crear comisiones de teología o comisiones doctrinales que preserven la ortodoxia de la fe en los fieles y orienten y animen la actualización del clero que trabaja en la ciudad»<sup>17</sup>.

Respecto a los religiosos, los Obispos expresan su gratitud por el aporte que brindan en la pastoral parroquial y a la vez el deseo «de que estén presentes en los distintos organismos pastorales», teniendo en cuenta su carisma y su preparación específica. Finalmente, se acentúa la importancia del laicado en la construcción de la Iglesia en la gran ciudad, por su participación en los movimientos apostólicos, por el ejercicio de ministerios específicamente encomendados y fundamentalmente, por su presencia comprometida en las realidades temporales. Una adecuada pastoral vocacional presbiteral y religiosa, la promoción de la vida espiritual y fraternal del clero, y el ejercicio frecuente del magisterio del Obispo, constituyen verdaderos servicios a la respuesta evangelizadora de la Iglesia en la ciudad<sup>18</sup>.

En relación con los medios de comunicación social, no sólo se reconoce su calidad de instrumentos privilegiados para una pastoral urbana que pretenda llegar a sectores vitales de las grandes urbes, sino que se recomienda «según las circunstancias y posibilidades», favorecer la especialización de sacerdotes y laicos en

---

<sup>13</sup> CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 5.

<sup>14</sup> Cfr. CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 84-85.

<sup>15</sup> Cfr. CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 231.

<sup>16</sup> Cfr. CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 5-7.

<sup>17</sup> CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 7.

<sup>18</sup> Cfr. CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 4.7-8.

el campo de la comunicación, y poseer los propios medios. Por otra parte, la pastoral urbana debe prestar especial atención a la «población flotante» de que a veces sólo se acercan a la catedral y a los templos del centro de las ciudades; además, se requiere implementar «una pastoral específica de santuarios. Ellos han de ser centros de evangelización popular y prestarán una atención sacramental permanente, especialmente para la reconciliación»<sup>19</sup>. En relación con la importancia y vigencia de la educación católica, los Obispos invitan a las organizaciones propias de la Iglesia a ser fieles a su identidad, y se manifiestan presurosos por la urgencia «de una seria catequesis en todos los centros educativos de nuestras ciudades, impartida por catequistas debidamente formados»<sup>20</sup>.

#### 4. La cultura urbana y la nueva evangelización

El Consejo Episcopal Latinoamericano, a través de su Sección de Cultura, organizó un seminario en Buenos Aires (Argentina, 30 de noviembre- 4 de diciembre de 1988), cuyas ponencias y conclusiones se publicaron en *Cultura urbana, reto a la evangelización*<sup>21</sup>; allí, asumiendo la ciudad como un «desafío para la Iglesia», se pretende brindar un «primer intento de diseño de pastoral urbana», destinado a los Señores Obispos, a los agentes de Pastoral y a los laicos que quieran acompañar a la Iglesia en su tarea de evangelización de la cultura urbana; como lo señala su título y como lo indican sus contenidos, esta publicación se inserta dentro de la reflexión latinoamericana sobre la nueva evangelización de la cultura urbana y la inculturación del evangelio en la ciudad, en sintonía con las nociones que el magisterio de Juan Pablo II va clarificando paulatinamente, y en orden a la preparación de la ya cercana Cuarta Conferencia General del Episcopado.

Esta Asamblea, reunida en Santo Domingo (1992) para conmemorar el V Centenario del anuncio del Evangelio en el continente, asumió el llamado del Papa a una *Nueva Evangelización*, que se concreta de manera privilegiada en la promoción humana, que busca generar una nueva cultura fundamentada en los valores cristianos, y que encuentra en la evangelización de la cultura urbana, un desafío fundamental. En efecto, los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla, ya habían reconocido las «proporciones alarmantes» (DP 429) que adquiere ese fenómeno urbano en el subcontinente, y afirmaron que «la Iglesia no alienta la creación de megápolis que se tornan irremediablemente inhumanas» (DP 430). Trece años más tarde, a pesar de los cálculos contrarios, la multiplicación y crecimiento de las urbes continúa inexorable, y hace que los Obispos reunidos en Santo Domingo se manifiesten «interpelados» por «las grandes ciudades de América Latina y el Caribe, con sus múltiples problemas» (DSD 298) y que enfaticen: «lugares privilegiados de la misión deberían ser las grandes ciudades, donde surgen nuevas formas de cultura y comunicación» (DSD 257); se pone así de manifiesto la necesidad de una acción eclesial decisiva: «la estructura de la ciudad exige una pastoral especialmente pensada para esa realidad» (DSD 257), y en consecuencia, se invita de manera explícita, a estudiar los nuevos caminos para la evangelización de «las grandes metrópolis» (DSD 262).

Atendiendo a dicha solicitud, el CELAM convocó a un Seminario sobre la *Promoción Humana en la Gran Ciudad*, que tuvo lugar en Brasilia, del 17 al 19 de mayo de 1993, con la participación de diversos expertos y pastoralistas, quienes, en un esfuerzo interdisciplinario, intentaron profundizar en los alcances y desafíos planteados por el incesante desarrollo y crecimiento de los grandes centros urbanos del continente, a la vez que elaborar un conjunto de orientaciones teológico-pastorales; en la parte conclusiva, se presenta un

---

<sup>19</sup> CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 10-11.

<sup>20</sup> Cfr. CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, 10-12.

<sup>21</sup> CELAM, *Cultura urbana, reto a la evangelización*, Bogotá 1989. Tras la presentación de Don Antonio do Carmo Cheuiche (pp. 7-9), en encuentran ocho ponencias: L. VIGNOLO, «El fenómeno urbano» (pp. 11-54); A. Morin, «La ciudad en la Biblia» (pp. 55-94); P. GALIMBERTI, «Dios en la ciudad: sensibilidad religiosa del hombre de la ciudad» (pp. 95-119); A. RINCÓN, «La ciudad y las mediaciones: naturaleza y técnica» (pp. 121-147); J. SEMILLÁN, «Algunas perspectivas acerca de la problemática del trabajo en las grandes urbes» (pp. 149-158); A. DO CARMO CHEUICHE, «Evangelización de la cultura urbana» (pp. 159-187); O. POL, «Situación urbana y espiritualidad» (pp. 189-204); E. PEÑA, «Estructuras urbanas, pastoral urbana y plan de pastoral urbana» (pp. 205-237). Concluye la publicación con una «Reflexión final» (pp. 239-246), en la que más que conclusiones, se brinda la síntesis de las impresiones más significativas que se suscitaron en el curso del seminario: lo que la ciudad es, lo que la ciudad produce, lo que de la ciudad preocupa, los desafíos para la evangelización, y las necesidades de reflexión.

valiosísimo documento de trabajo que describe la situación, perfila los desafíos, enuncia los principios orientadores y traza las líneas de acción para la pastoral urbana en los siguientes campos: familia, niños urbanos, ecología, la tierra, pobreza y solidaridad, nuevo orden económico, población urbana y movilidad, derechos humanos, orden democrático, y finalmente, integración latinoamericana<sup>22</sup>.

Además de estas publicaciones, fundamentalmente impulsadas por el Consejo Episcopal Latinoamericano, es notoria la reflexión sobre la pastoral urbana a nivel latinoamericano, tanto en obras de difusión, como en diversos artículos y publicaciones que —incluso a partir de experiencias concretas—, profundizan en el acercamiento y comprensión del fenómeno urbano desde una perspectiva general, o bien desde horizontes más específicos; también es necesario resaltar la reflexión de otras Iglesias cristianas, en torno a la realidad urbana. A nivel nacional, sobresalen el encuentro realizado y las directrices trazadas por la Conferencia Episcopal de Colombia y el largo camino de reflexión recorrido por la Iglesia brasileña; por lo que se refiere a las experiencias pastorales, el sector «estructuras de Iglesia» de la Línea 1 de la Conferencia Episcopal Brasileña, con la participación del Instituto Nacional de Pastoral, consciente de la necesidad de repensar la presencia y la organización de la Iglesia en lo urbano, promovió un encuentro de estudio (São Paulo, Brasil, 15-17 de septiembre de 1992), en el que se dio la oportunidad de dar una mirada retrospectiva a diversos procesos pastorales vividos como fruto y a la vez como estímulo de esta larga búsqueda latinoamericana<sup>23</sup>; la experiencia fue tan fructífera, que hizo que el encuentro con los representantes de las ciudades con población mayor de un millón de habitantes asumiera una periodicidad anual<sup>24</sup>.

---

<sup>22</sup> CELAM, *El hombre y la ciudad*, Santafé de Bogotá 1994. El texto publicado presenta, tras la introducción del Secretario general del Celam, ocho densas páginas de Jaime Vélez Correa, con una síntesis de la reflexión que en las publicaciones del Celam se ha hecho sobre el fenómeno urbano y su evangelización (pp. 23-30). A continuación se encuentran, separadas en once capítulos, las siguientes ponencias: L. ORTIZ, «La promoción humana en Santo Domingo» (pp. 33-59); H. PENEGO, «La realidad de la familia en las grandes ciudades» (pp. 61-94); A. DA COSTA, «Infância, juventude e política social no Brasil» (pp. 95-130); P. NOGUEIRA NETO, «Os problemas ambientais das áreas urbanas e suas causas sociais» (pp. 131-138); L. MENDES DE ALMEIDA, «O problema da terra nas grandes cidades» (pp. 139-153); F. LÓPEZ, «Pobreza y solidaridad en las grandes ciudades de América Latina: realidades y desafíos» (pp. 155-186); J. RUIZ, «Nuevo orden económico» (pp. 187-220); C. AMBROZIO, «População urbana e mobilidade» (pp. 221-236); E. ALAYZA, «La gran ciudad y los derechos humanos» (pp. 237-255); G. ESCOBAR, «El orden democrático» (pp. 257-282); G. RIOFRÍO, «Las megápolis y la integración de Latinoamérica» (pp. 283-297). Las *Conclusiones* (pp. 299-330); habían sido publicadas unos meses antes en *Boletín Celam*, «La promoción humana en la Megápolis»).

<sup>23</sup> Cfr. A. ANTONIAZZI – C. CALIMAN, *Presença da Igreja na cidade*, Petrópolis 1994. La intención de los organizadores, al convocar este grupo limitado, era dar el paso inicial de un caminar más amplio, que partiendo de experiencias concretas ya en desarrollo, iluminadas por abordajes teóricos pertinentes, pudiera progresivamente irradiar una reflexión para que la Iglesia en el Brasil pudiera organizar y desarrollar una pastoral propia de la ciudad. El primer momento del Seminario, estuvo dedicado a la aproximación a la realidad pastoral de São Paulo (presentada por Monseñor Sergio Conrado y Ruth M. de Carvalho), de Belo Horizonte (presentada por el Carlos Fragozo Filho y Rosinha Borges Dias), y de Campinas (publicada en ARQUIDIOCESE DE CAMPINAS, *Uma Igreja respondendo aos novos desafios*), de la que los Padres José de Nadai y Claudio Menegazzi expusieron el resultado de la revisión ampliada. El segundo momento fue de profundización teórica de la ciudad; buscó básicamente responder a dos preguntas: 1) ¿Cómo se organiza la ciudad hoy en sus varios niveles? La reflexión fue desarrollada por el Dr. Luiz E. Wanderley (cfr. ID., «Pastoral urbana, sujeitos e estruturas»); 2) ¿Cómo es vivida y cómo se organiza la religión en la ciudad? Esa reflexión se encuentre en el texto del Luiz R. Benedetti (cfr. ID., «A religião na cidade»). El tercer momento constó de dos abordajes práctico-pastorales: «Princípios teológico-pastorais para uma nova presença da Igreja na cidade», de Alberto Antonazzi; «A Evangelização na cidade hoje. Algumas reflexões pedagógico-pastorais», de Cleto Calimán.

<sup>24</sup> Cfr. J. COBO FERNANDEZ, *Presença da Igreja na cidade II. Novos desafios novas abordagens*. Este segundo volumen, publicado en Petrópolis 1997, recoge los resultados de los seminarios de 1993 (Belo Horizonte) y 1994 (Campinas); el primero, tuvo como tema central «la misión de la Iglesia en la gran ciudad», mientras que el segundo se centró en compartir experiencias sobre la pastoral de los excluidos y la organización de las «redes de comunidades». La publicación se articula en cuatro partes: I — La visión de los sociólogos, que trae dos artículos «De la modernidad triunfante a la modernidad excluyente: las nuevas formas de vida en la ciudad», por Rogério Valle (pp. 13-19), e «Iglesia y mundo urbano», por Luiz Roberto Benedetti (pp. 19-34). II — La aproximación teológico-pastoral presenta un artículo de João Batista Libanio: «Misión de la Iglesia en la ciudad» (pp. 37-72). III — Pistas pastorales, contiene un artículo de Alberto Antonazzi «Nuevas reflexiones sobre la pastoral urbana », (pp. 75-86), y la síntesis de los debates (pp. 86-95). IV — Experiencias pastorales de São Paulo, Goiânia, Belo Horizonte, y las conclusiones de los grupos de trabajo (pp. 97-



Con el mismo propósito, el Secretariado General del CELAM organizó, en el contexto de la preparación inmediata al Gran Jubileo del año 2000, un encuentro con Arzobispos de grandes ciudades en América Latina y con algunos invitados de América del Norte, Europa y Asia<sup>25</sup>. Así, los espacios de reflexión se multiplican<sup>26</sup>, pero son fundamentalmente las experiencias concretas de las Iglesias particulares de las grandes ciudades, los testimonios más significativos –si bien, muchas veces desconocidos- del camino de búsqueda y de discernimiento de los elementos teológico-pastorales, que la Iglesia está llamada a vivir y a testimoniar en el cumplimiento de su misión evangelizadora de la ciudad latinoamericana<sup>27</sup>.

### 5. Perspectiva teológica

En realidad, tanto en el campo de las ciencias sociales, como en el de la pastoral, se constata la existencia de juicios y valoraciones, radicalmente contradictorios, cargados de subjetividad condenatoria o laudatoria frente a lo urbano, lo que se refleja en las reflexiones que se hacen y en las actitudes que se asumen. Incluso en el campo de la teología el tema ha sido de un interés creciente, de manera evidente en el campo bíblico, por cuanto múltiples textos pueden dar lugar a interpretaciones radicalmente distintas o pueden servir para justificar previos posicionamientos teológicos, tal como ha sido observado en los textos y artículos citados. Aunque de ninguna manera se puede decir que la Biblia presente de manera explícita una triple caracterización dialéctica que articula J. Comblin, sí es fácil constatar la presencia de elementos valorativos positivos, negativos y sintéticos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, acentuados por la propia subjetividad de quien analiza el tema; ello trae como consecuencia, un resultado divergente y en ocasiones contradictorio, en el que el teólogo puede terminar traicionando al exégeta y el pastor corre el peligro de manipular la Palabra.

No se trata de poner en juego el sentido de la exégesis y de la teología bíblica, sino de responder fundamentalmente a la cuestión de si existe una doctrina bíblica sobre la ciudad, y si existe, de clarificar cómo se puede aplicar a un fenómeno específico y concreto, como por ejemplo la realidad de las grandes ciudades en América Latina, en orden a la elaboración de una teología de la ciudad. En realidad, puede decirse que sí existe esta doctrina bíblica sobre la ciudad, pero que está mediatizada y concretada en fenómenos y perspectivas específicos de la revelación judeo-cristiana; en consecuencia, no se puede aplicar a otros fenómenos urbanos, sino sólo de manera analógica, y además, y esto es fundamental, sólo dentro del marco de una reflexión teológica estructurada<sup>28</sup>.

Es por tanto, en el contexto de una eclesiología sistemática, que la reflexión teológica sobre la ciudad y la doctrina bíblica sobre ella, cobran su sentido más pleno; la visión eclesiológica del Vaticano II permite

---

110).

<sup>25</sup> Fruto de este encuentro es la publicación CELAM, *Evangelizar la Gran Ciudad: un desafío prioritario*, CELAM, Santa Fe de Bogotá 2000.

<sup>26</sup> Cfr. CNBB-REGIONAL SUL I, *O fenômeno urbano: desafio para la pastoral*; ID., *A coodenação pastoral nos centros urbanos*, publicados en 1995 y 1997, respectivamente por la editorial Vozes. Igualmente significativos son los trabajos y las publicaciones del “Espacio de pastoral urbana” que en México animan fundamentalmente los padres Benjamín Bravo y Abel Fernández: *La urbe reta a la Iglesia*, y *La Iglesia en la ciudad*, publicados en 1998 y 1999 respectivamente.

<sup>27</sup> Una presentación sistemática de algunos de los procesos pastorales más significativos de las diócesis de las grandes ciudades se encuentra en el último capítulo de mi libro: F. NIÑO, *La Iglesia en la ciudad*, 373-422.

<sup>28</sup> Como lo ha expresado la Pontificia Comisión Bíblica, «la Palabra de Dios se expresa en la obra de autores humanos. Pensamiento y palabra son al mismo tiempo de Dios y del hombre, de modo que todo en la Biblia viene a la vez de Dios y del autor inspirado. No se sigue de ello, sin embargo, que Dios haya dado un valor absoluto al condicionamiento histórico de su mensaje. Éste es susceptible de ser interpretado y actualizado, es decir, de ser separado, al menos parcialmente, de su condicionamiento histórico presente» (PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 101). El documento no sólo es una excelente síntesis de la situación actual de las ciencias bíblicas, sino que constituye un verdadero derrotero de acción para el teólogo, para el pastor y para el creyente. Para el presente estudio, vale la pena resaltar también la siguiente indicación del texto citado: «al esfuerzo de actualización, que permite a la Biblia continuar siendo fecunda a través de los tiempos, corresponde el esfuerzo de inculturación, para la diversidad de lugares, que asegura el enraizamiento del mensaje bíblico en los más diversos terrenos. Esta diversidad no es, por lo demás, jamás completa. Toda cultura auténtica, en efecto, es portadora, a su modo, de valores universales establecidos por Dios» (*Ibidem*, 110).

enmarcar la realidad de la ciudad y del fenómeno urbano dentro del contexto de la pedagogía de Dios y de su designio salvífico. La Iglesia como *Cuerpo de Cristo*, se ordena a la construcción de una unidad, animada por el Espíritu; en cuanto *pueblo de Dios*, pueblo peregrino, la Iglesia se inserta en la historia, acampa en las urbes, en búsqueda de la ciudad eterna, que es su meta final: una Iglesia *en función de servicio a la causa del Reino y sacramento del Reino*, permite superar el eclesiocentrismo y la concentración intraeclesial, y descubre en la realidad urbana un elemento tipológico y una exigencia de compromiso testimonial; la Iglesia *abierta al mundo y al servicio del mundo*, invita a superar el paralelismo o la autosuficiencia frente a «lo terreno» y descubre su misión evangelizadora como ministerio; una *Iglesia misionera*, llamada a anunciar la vida nueva de la Salvación en Cristo, puede asumir la realidad urbana como un rico y exigente desafío; finalmente, el *misterio de comunión*, como característica eclesial y como proceso escatológico, ofrece un nueva clave hermenéutica particularmente valiosa para la comprensión de la cultura urbana.

El anterior panorama permite observar, que el estudio de la vinculación entre la Iglesia y la ciudad, está presente en el pensamiento teológico latinoamericano, y que son variadas y enriquecedoras las diversas experiencias de pastoral urbana que se han vivido, fructíferos y multiplicadores los encuentros y seminarios que sobre el tema se han realizado, y numerosos los libros —y numerosísimos los artículos—, que al respecto han sido publicados. Pero es necesario continuar caminando: la necesidad de un conocimiento interdisciplinar impone un conocimiento de la compleja y singular realidad urbana latinoamericana, a partir de las ciencias sociales, para posibilitar así el acercamiento al proceso dialógico que ha cuestionado, enriquecido y redimensionado la mutua realidad de la Iglesia y la ciudad en el continente durante la segunda mitad del presente siglo; si bien sería imposible agotar la riqueza que brindan las publicaciones de las ciencias humanas, un sencillo acercamiento a la comprensión de la realidad, origen y desarrollo del fenómeno urbano, evidencia que el fenómeno urbano latinoamericano presenta procesos, características y exigencias peculiares, cuyo conocimiento permitirá cualificar la encarnación de la Iglesia en ellas (CD 16).

En este nuevo contexto cultural, la nueva evangelización en cuanto proyecto misionero, la promoción integral del hombre en cuanto compromiso fundamental de la Iglesia y la inculturación en cuanto categoría teológica complexiva, constituyen y concretan el empeño de encarnación y la responsabilidad fundamental de la Iglesia en la ciudad. El magisterio del Papa Juan Pablo II, particularmente con la reciente Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, así como las orientaciones de los Obispos latinoamericanos en las Conferencias de Puebla y Santo Domingo, brindan el marco de comprensión y los caminos para una nueva actitud relacional, según la cual, la Iglesia está llamada a insertarse en lo más profundo de la cultura urbana, para anunciar el Evangelio: la buena noticia de la salvación querida por el Padre, realizada en Jesucristo con la fuerza del Espíritu, descubre en el hombre concreto y en modo particular, en el pobre y el marginado, el destinatario fundamental de una evangelización nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión.

La asunción teológica del concepto de inculturación, confluirá en la Conferencia de Santo Domingo con la propuesta de la nueva evangelización como empeño misionero y con la promoción humana como concreción de la opción preferencial y evangélica por los más pobres; la urbanización no es percibida sólo como el irrefrenable crecimiento de las grandes ciudades sino, fundamentalmente, como el proceso generador de una nueva cultura, por cuanto la urbanización mental sobrepasa los límites físicos de la ciudad y alcanza dimensiones de totalidad en nuestro subcontinente<sup>29</sup>; esta nueva cosmovisión y este nuevo tipo de hombre<sup>30</sup> que se hace más evidente en las grandes urbes, constituye a la vez un desafío y un estímulo<sup>31</sup>. Si bien se

---

<sup>29</sup> Cfr. A. DO CARMO CHEUICHE, «Para una pastoral orgánica de la cultura en América Latina», 13, en *Boletín Celam* 216 (1987).

<sup>30</sup> Cfr. A. SÂNDALO BERNARDINO, «Cultura urbana emergente e evangelização», 878, en *REB* 196 (1989).

<sup>31</sup> «La Iglesia se pone en movimiento en su pastoral agraria con gusto, pero tiene serias dificultades para evangelizar la ciudad y queda aturdida delante de la Metrópoli. Nuestras propuestas pastorales, leyes, contemplan, en gran parte, la ciudad pequeña, la zona rural; jamás la metrópoli, el hombre en la era moderna (límites jurídicos de las parroquias, diócesis, días de precepto, liturgia...). Frecuentemente, aplicamos soluciones del siglo IV o VI para la problemática del siglo XX [...]. De manera especial, la Iglesia necesita despojarse de cosas que fueron óptimas en el pasado y que dieron respuestas al hombre rural, para comprometerse con el Hombre-Urbano, con la ciudad, aceptando el desafío de lo nuevo con nuevas y aún no experimentadas formas pastorales» (A. SÂNDALO BERNARDINO, «Cultura urbana emergente e evangelização», 878.881).

escucha decir que la pastoral urbana está en crisis o «en pañales» y que la mayoría de los ensayos de renovación proceden de los sectores campesinos e indígenas, transplantando en el mejor de los casos las experiencias que han tenido éxito en el campo<sup>32</sup>, la cultura urbana constituye un reto e implica un riesgo que hay que saber asumir, con la conciencia de que es necesario caminar hacia un modelo evangelizador que sepa aunar la necesaria fidelidad a la Iglesia del presente y del pasado con la no menos necesaria fidelidad a la Iglesia del futuro, es decir, al proyecto de Iglesia que el Evangelio y los tiempos reclaman.

Así, los desafíos que surgen de la cultura urbana son complejos, la misión evangelizadora apremiante, la cura pastoral impostergable, y en consecuencia, la Iglesia está obligada a encontrar los medios más adecuados para realizar su ser y su misión; en el contexto de las megalópolis latinoamericanas, la renovación de la organización y de la estructuración eclesial es indispensable y las formas para realizarlo son variadas y deben adaptarse a las circunstancias peculiares, con la conciencia de que la forma en que la Iglesia organice sus estructuras, afectará grandemente su capacidad de comunicación, su posibilidad de actuar coordinadamente y de percibir las necesidades de la comunidad. Pero si bien las estructuras son importantes, la pastoral urbana no se limita a su implementación, por cuanto ellas son sólo un instrumento que sirve a la naturaleza sacramental de la Iglesia y al anuncio del Evangelio; en efecto, la Iglesia, como signo-sacramento de la comunión de Dios con los hombres, debe procurar anunciar el Evangelio en todos los lugares de la tierra, lo que exige un proceso de inculturación que tomará necesariamente diferentes formas y procesos, de acuerdo con las necesidades de la comunidad y con las exigencias del camino de fe; la Iglesia está llamada a ponerse en camino, siempre, y de manera concreta, en las grandes ciudades latinoamericanas; el primer paso es el acercamiento a la realidad ambivalente del mundo urbano, para poder tomar conciencia de sus múltiples posibilidades y de sus innumerables limitaciones.

La presencia de la Iglesia en la nueva cultura debe adoptar la modalidad del diálogo como categoría teológica, espiritual y pastoral fundamental, el servicio como actitud constante y la encarnación como criterio salvífico: «La Iglesia necesita dejarse poseer por el fenómeno de la urbanización. Dejarse penetrar, en su globalidad, por la realidad de la modernidad. Es urgente, en ese sentido, la máxima de san Ireneo: “lo que no es asumido, no es redimido”. Ella necesita armar su tienda en medio de la vida de la ciudad: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). Las memorables palabras del Vaticano II, en la *Gaudium et Spes*, requieren ser vida en la vida de la Iglesia, en la pastoral urbana: “las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy, sobre todo de los pobres y de todos los que surgen, son también las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo”»<sup>33</sup>.

La experiencia pastoral de algunas de las Iglesias particulares de las grandes ciudades latinoamericanas, permite observar que la búsqueda de estructuras participativas, la promoción del protagonismo laical y la opción real y radical por el pobre, dentro del marco de una constante reflexión teológica y de una profunda vida de fe, constituyen algunas de las pistas más claras para el camino que cada Iglesia particular está llamada a recorrer, en el esfuerzo por anunciar el Evangelio, por favorecer su vivencia en comunidad y por hacer cada día más visible el Reino de Dios en las ciudades latinoamericanas.

Finalmente, se puede constatar que la rica institución del sínodo diocesano no es siempre bien conocida ni entendida, y que sus múltiples posibilidades permanecen aún inexploradas; una adecuada comprensión, por el contrario, no sólo permite una polifacética praxis del instituto, sino que descubre y profundiza la actitud sinodal como elemento inherente de la realidad eclesial y como un criterio de renovación pastoral, de vivencia de la *koinonía* en la Iglesia particular, y de fuerza para la esencial e incesante misión de anunciar y hacer visible el Reino de Dios<sup>34</sup>; en este espacio eclesial, la actitud dialogal va unida al discernimiento de la llamada y de la voluntad de Dios dentro de un marco de creciente participación, y al fortalecimiento constante de la dimensión comunitaria de la Iglesia. El carácter sinodal, como dimensión constitutiva de la realidad eclesial en todos sus niveles, puede y debe ser desarrollado en las diócesis y desde

---

<sup>32</sup> Cfr. A. SALVATIERRA, «La nueva evangelización en ambientes secularizados», 114.

<sup>33</sup> A. SÁNDALO BERNARDINO, «O bispo na pastoral urbana», 15, en *Vida Pastoral* 153 (1990).

<sup>34</sup> Cfr. NIÑO, F., *El sínodo diocesano como evento ordinario en la vida de la Iglesia particular*, Roma 1997; en esta misma insistencia coincide la *Instrucción sobre los sínodos diocesanos*, emanada en 1998 por la Congregación para los Obispos y la Congregación para la evangelización de los pueblos.

las diócesis, para «poner a caminar» a la Iglesia en las grandes ciudades de América Latina; el *caminar juntos* en actitud sinodal construyendo comunidad en la ciudad, gracias a la participación y colaboración de todos, permitirá a la Iglesia urbana, avanzar en el esfuerzo por hacer visible el Reino de Dios, bajo el impulso del Espíritu Santo; desde una perspectiva de *koinonia*, la actitud sinodal, concebida como un exigencia permanente de la vida de la iglesia local, puede hacer surgir elementos posibilitadores y orientadores para la praxis pastoral, constituyéndose en un elemento de renovación eclesial y en un medio de inculturación urbana del Evangelio y de la Iglesia<sup>35</sup>.

## **6. Prospectiva**

Desde Pentecostés, la vocación de la Iglesia de Cristo ha sido hablar cada lenguaje y evangelizar todas las culturas de la humanidad. Actualmente, en la cultura urbana latinoamericana, la Iglesia tiene que concretar sus esfuerzos, colaborando a la acción del Espíritu, para que el creyente pueda conocer y aceptar el mensaje salvífico del Señor y para que pueda vivir su fe en el esfuerzo por construir la comunión; la Iglesia no se puede aislar ante los complejos problemas de la nueva cultura, sino que debe hacerse parte, encarnarse en el mundo urbano, para hacer presente allí, la salvación de Jesucristo. El desafío evangelizador implica testimoniar la comunión como posibilidad salvífica, y ello constituye un arduo y largo camino que cada Iglesia debe recorrer, y en el que cada uno de sus miembros deben participar, de acuerdo con su propia capacidad, y animados por la oración, la liturgia y la escucha, vivencia y celebración de la Palabra de Dios.

Las experiencias pastorales de numerosas Iglesias particulares, señalan algunos caminos recorridos en el esfuerzo por afrontar el reto teológico y el desafío pastoral significado en la especificidad del fenómeno urbano latinoamericano, y es necesario conocerlas y difundirlas, por cuanto también han ayudado a la comunidad creyente a recontrarse con su original vocación evangelizadora; pero ciertamente se requiere profundizar mucho más en la reflexión y avanzar y arriesgar más en la praxis, porque la novedad del fenómeno sociológico y de la realidad cultural, desbordan las categorías teóricas, los marcos jurídicos y los esquemas tradicionales de la pastoral eclesial.

Se hace evidente en conclusión, que la búsqueda de una pastoral urbana no consiste en la aplicación de fórmulas ya hechas o de respuestas preestablecidas, ni en la estricta aplicación de normas canónicas frente a los nuevos problemas eclesiológicos, y mucho menos se reduce a la simple planificación o a la adecuada administración de los recursos, sino en la revitalización de la misión evangelizadora de cara a una nueva cultura, y en el nuevo anuncio de la Buena Noticia al nuevo hombre que en ella surge y que si bien puede estar bautizado, no suele ser consciente del don recibido ni de la grandeza de la vocación a la que ha sido llamado. En este esfuerzo por ofrecer al hombre urbano latinoamericano la gracia de la salvación, cada una de las Iglesias particulares tiene que recorrer su camino, reflexionando sobre los textos de los pastores que se ofrecen a continuación a manera de anexo, y buscando los medios más adecuados para su encarnación en la ciudad, para «confirmar en los cristianos de hoy la fe en el Dios revelado en Cristo, sostener la esperanza prolongada en la espera de la vida eterna, y vivificar la caridad comprometida activamente en el servicio a los hermanos» (TMA 31).

***Francisco Niño Súa, Pbro***

Cali, febrero 22 de 2006

---

<sup>35</sup> Cfr. ARQUIDIÓCESIS DE MÉXICO, *Documento conclusivo de las Asambleas sinodales*, 268.